

EL FUEGO DE LA LECTOESCRITURA PATRIÓTICA EN LA NOVELA HISTÓRICA Y SENTIMENTAL DE PERÚ, ECUADOR Y BOLIVIA EN LA SEGUNDA MITAD DEL XIX

The Fire of Patriotic Reading and Writing in the Historical and Sentimental Novel from Peru, Ecuador and Bolivia at the Second Half of the 19th Century

MARCEL VELÁZQUEZ CASTRO¹

UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS (Perú)

mvelazquezc@unmsm.edu.pe

Resumen: el presente artículo estudia la lectoescritura patriótica como una biotecnología narrativa que posibilitó el borramiento simbólico de sujetos históricos subalternos, como indios y negros, en la segunda mitad del siglo XIX. Mediante el análisis de tres novelas históricas de Perú, Ecuador y Bolivia, interpretamos la figura del letrado criollo como sujeto de virtud moral comprometido con el proceso independentista, como sujeto interpretativo de la historia y mediador cultural sobre otros grupos sociales, y como sujeto de anagnórisis o revelación personal que ilumina su identidad soterrada y la inscribe en las historias políticas de su tiempo.

Palabras clave: siglo XIX, narrativa histórica, novelas andinas, biotecnologías, lectura patriótica, Perú, Ecuador, Bolivia

Abstract: This article studies the patriotic reading and writing as a narrative biotechnology which made possible the symbolic effacement of subaltern historical subjects like indians and afrodescendants during the second half of the nineteenth century. Through the analysis of three historical novels from Peru, Ecuador and Bolivia, the figure of the *letrado criollo* is read as a subject of moral virtue committed to the process of independence, as a subject understanding of history and mediator to other social groups, and as a subject of anagnorisis or a personal revelation which illuminates his hidden identity and engraves it in the political stories of his time.

Keywords: Nineteenth Century, Historical Narrative, Andean Novels, Biotechnologies, Patriotic Reading, Peru, Ecuador, Bolivia

¹ Orcid, ID 0000-0002-5770-8400. Una primera versión de este trabajo fue leída en LASA (New York, 2016) en una mesa con Giovanna Pollarolo y Claudia Rosas, a quienes agradezco por sus comentarios y sugerencias. Dicha mesa contó con el financiamiento del VRIP de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

El horizonte romántico consagró una nueva y más democrática escena de lectura: ya no se trata de contemplar admirado o extasiado la perfección formal o moral de un texto literario desde competencias privilegiadas, sino vivir la generalizada experiencia de interactuar con una subjetividad ajena que nos ayude a comprender mejor la nuestra y sus relaciones con el mundo. Esta lectura sentimental fue configurada, principalmente, mediante la extensiva difusión de novelas en todo el mundo y constituyó la forma hegemónica de decodificación literaria durante gran parte del XIX.

Esta forma de leer presupone una potencial identificación entre el lector y el personaje, una relación especular afectiva intensa, definida por la simpatía, un sentir con el otro (identificación sentimental horizontal plena). Un modo específico de la simpatía, muy recorrido por la novela decimonónica andina, es la compasión: una afectación basada en el sufrimiento conjunto y que, en la mayoría de los casos, presupone una diferencia sociocultural entre los dos polos de la comunicación afectiva. La lectura sentimental no solamente se enseña y difunde por la circulación de las propias novelas, sino que éstas se encargan de ratificar su imperio mediante actos de lectura representados al interior de la trama.

En varias novelas andinas, el aprendizaje de la lectoescritura constituye un momento capital en la formación cultural del personaje principal, una calificación imprescindible para el ingreso al mundo cultural criollo con sus dilemas y fantasmas. Tanto en la práctica social como en la representación novelística, esta competencia adquirida posee diversas connotaciones de validación de la calidad del sujeto que sabe leer y escribir en una sociedad mayoritariamente oral y con altas tasas de analfabetismo.

Así como la lectura sentimental aparece asociada, principalmente, al campo de lo femenino; la lectura patriótica pertenece, en gran medida, al campo de lo masculino. Ya no se trata de leer novelas, sino folletos políticos, proclamas, periódicos, libros de historia. Esta forma de leer inflama el conocimiento de sí mismo o de la patria, incrementa la voluntad de dominio y la inscripción como agente público en la historia. Los efectos de tal lectura no actúan extensivamente, es decir de forma gradual y sucesiva, sino intensivamente, como una revelación intempestiva y fulgurante, como un relámpago que ilumina la propia identidad y la de los otros grupos sociales y provoca una exaltación ardorosa que puede conducir a la muerte.² Sin embargo, hay conexiones entre las dos formas de leer, como advierte Fernando Unzueta (2005: 160): “las ‘lecturas patrióticas’ (en su mayoría orales) de los romances nacionales incorporan un tipo de seducción muy similar al que prevalece en las prácticas de lecturas sentimentales, pero con diferentes —en este caso nacionales— objetivos”. Indudablemente, aquellas también pueden desencadenar los síntomas, por excelencia, de la lectura sentimental: las lágrimas.

Este artículo asume como hipótesis general que los actos de lectoescritura representados en las novelas andinas de la segunda mitad del siglo XIX constituyen un dispositivo cultural pedagógico social, pues reconfiguran la virtud moral, la interpretación histórica y el autorreconocimiento personal tanto del héroe como del potencial lector real. Se estudia, principalmente, tres novelas de Perú, Ecuador y Bolivia, escritas durante las cuatro últimas décadas del siglo XIX, período en el que el discurso histórico del Estado nacional se consolida. Aunque realizaremos

² Desde una perspectiva diacrónica, Goldgel considera que el deseo de cambio de la prosa periodística ilustrada se propuso como objetivo “inflamar” los corazones de los lectores. Tal entusiasmo, en el XIX, fue canalizado hacia el patriotismo, traducido como ruptura con la monarquía. Esta retórica del entusiasmo marcará el tono invocador, exclamativo y beligerante de gran parte de la prensa hispanoamericana (Goldgel, 2016: 58 y ss.). La lectura patriótica ficcionalizada en las novelas se ha nutrido de esas nuevas prácticas sociales.

referencias a otras novelas de escritores de la región centro andina, el análisis central se desplegará sobre las siguientes novelas: *Edgardo o un joven de mi generación* (1864), *Juan de la Rosa* (1885) y *Relación de un veterano de la independencia* (1891-1893).

Edgardo... del peruano Luis Benjamín Cisneros,³ es una novela romántica de temática amorosa y política, que presenta un grupo de personajes complejos y con múltiples perspectivas de la realidad enfrentados continuamente. La pareja central está conformada por Adriana, entregada plenamente a un amor que la conduce a la ruptura de normas morales y a la miseria social; y Edgardo, escindido entre las ilusiones utópicas y el idealizado amor a la patria en tiempos de crisis y guerras civiles.

Por su parte, la novela *Juan de la Rosa*⁴ del boliviano Nataniel Aguirre⁵ es una de las más importantes de la región andina, no solamente por su calidad narrativa, sino por su relevancia en el imaginario nacional. Novela histórica y de formación (*bildungsroman*), en ella confluyen la revelación de la identidad del personaje y su acelerada maduración política en forma especular a la construcción de una identidad patriótica en varias provincias del Alto Perú, principalmente en Cochabamba.

Finalmente, la novela del ecuatoriano Carlos Rodolfo Tobar⁶, *Relación de un veterano de la independencia*, fue publicada varias veces en un corto período⁷ y se convirtió en un texto emblemático de la cultura ecuatoriana finisecular.⁸ Esta novela histórica con estructura de *bildungsroman* reconstruye el momento fundacional de la rebelión de los criollos quiteños (1810) y sus discontinuas luchas hasta la Batalla de Pichincha (1822). Dicho amplio arco de tiempo se vive desde la perspectiva de Antonio, un niño que se hace muchacho y hombre en las luchas sucesivas. Estilísticamente se caracteriza por un lenguaje castizo, una visión providencialista y un intenso aliento lírico. La trayectoria de vida del narrador personaje representado constituye una alegoría del propio nacimiento de la patria libre.

³ De todo el conjunto de escritores románticos peruanos, Cisneros ocupa una posición paradigmática por dos razones: a) la alta competencia literaria en marcos discursivos como la poesía y la novela, b) su devenir constituye un modelo generacional gracias a su inicial rechazo a las políticas de las élites gobernantes y su posterior asimilación a las estructuras del poder político (recorre rápidamente el tránsito de los ideales liberales de la juventud al pragmatismo político de la madurez).

⁴ La primera edición fue publicada en Cochabamba por *El Heraldo* el 14 de septiembre de 1885, precedida por un prólogo firmado por J. la R. (García, 2010: 41), lo que contribuye a ratificar el pacto autobiográfico pues el autor real, el narrador y el héroe del texto confluirían en una triple identidad. La novela relata la acelerada maduración política y moral de un niño durante un corto periodo de años asociados a las rebeliones altoandinas. Como plantea el crítico boliviano, el propio autor quiere “que su discurso privado se transforme en una mercancía ideológica de circulación pública” (García, 2010: 41).

⁵ Nataniel Aguirre (1843-1888) nació en Cochabamba, se graduó de abogado en la Universidad Mayor de San Simón de la misma ciudad, fue Secretario de la Legación Boliviana en Perú (1864) y, luego, peleó contra Melgarejo en las filas del expresidente Achá, el padre de su esposa. Se refugió en su hacienda y retornó a la política como diputado de su ciudad en la década de 1870, defendiendo posiciones federalistas. Fue prefecto y Ministro de Guerra durante los años de la guerra contra Chile. Entre 1885-1887 fue jefe del Partido Liberal. En síntesis, orador, político y literato (García, 2010: 14-21).

⁶ Carlos R. Tobar (1853) fue médico, jurista y lingüista. Desempeñó diversos cargos públicos, como ministro, presidente del Senado y rector de la Universidad Central (Felicísimo Rojas, 2010: 58).

⁷ Esta novela fue publicada originariamente en la *Revista Ecuatoriana* entre 1891-1893 bajo el título de *Relación de un veterano de la independencia*; posteriormente, en 1895 con la Imprenta de la Universidad Central (Quito) en octavo, dos tomos. Una tercera edición apareció como folletín de *El Comercio* (Quito) en 1909.

⁸ El crítico Ángel Felicísimo Rojas (2010: 61) no escatima elogios ya que la considera “la mejor novela ecuatoriana de tema histórico que se haya escrito”.

Juan de la Rosa y Relación de un veterano... constituyen una reconstrucción del pasado que interpela al presente. El lugar de enunciación de la novela ecuatoriana fija una genealogía política firme que tiene como centro a Quito en tiempos de conflicto y derrota del Estado católico y su proyecto republicano conservador, y la emergencia de la amenaza liberal de Alfaro y el desafío político de Guayaquil. Por su parte, la novela boliviana constituye una reivindicación local de Cochabamba y del valor criollo, publicada poco tiempo después de la derrota de la Guerra contra Chile y la consiguiente pérdida del litoral boliviano, pero aparentemente escrita años antes de iniciado el conflicto. La brecha temporal entre la enunciación y lo enunciado en ambas novelas se cierra en ocasiones con comentarios y digresiones del autor real que comparan los tiempos heroicos de la fundación de la patria independiente con el presente caótico y corrupto. Asimismo, como ha explicado Lee Skinner (1999: 303), en la novela boliviana el narrador adulto interviene e impone significados históricos a los eventos confusos que el propio protagonista niño experimenta.

El héroe, personaje narrador, tanto en la novela boliviana como en la ecuatoriana, posee una trayectoria vital semejante. Huérfanos, antepasados patriotas, educados por curas de ideas liberales, participan en batallas contra tropas realistas. Como actores y testigos de las guerras de independencia, validan su relato por la experiencia y la memoria. Estas dos novelas proponen exaltar la acción patriótica de los criollos letrados de Cochabamba y Quito para legitimar el dominio de este grupo en la conducción del Estado-nación a fines del XIX.

Las tres novelas incorporan elementos clave de la novela de formación: la pregunta por la identidad, la salida al mundo, el aprendizaje, el amor, la experiencia de la muerte. Por otra parte, contienen elementos de la novela histórica: a) episodios en la trama referidos a sucesos históricos claramente identificados; b) figuras históricas, como personajes secundarios; c) procesos históricos decisivos en la vida privada de los personajes centrales; d) la presentación de la historia de la comunidad mediante la historia familiar o doméstica (Bajtín, 1989: 368).

El gran paradigma que ha dominado el estudio de la novela decimonónica latinoamericana en las últimas décadas postula los textos novelísticos como formalizaciones de lo nacional (alegorías), que consolidan la nación mediante relatos amorosos que integran personajes de diversos grupos sociales, un modelo de consolidación no violento en tiempos de conflicto. Aunque sean amores frustrados el efecto presumía una posibilidad de constitución de una comunidad múltiple y heterogénea articulada simultáneamente por el deseo erótico y la ciudadanía política (Sommer, 1991). Esta forma de leer las novelas como discursos fundacionales se funda en la capacidad de la elite de crear consenso mediante el modelo del hogar burgués en el que amor y matrimonio coincidían por primera vez. En las sociedades donde la herencia liberal fue más significativa y la modernización más profunda, los criollos crean novelas que pueden ser interpretadas exitosamente por el modelo de Sommer, pero qué pasa en la región andina donde más bien predomina el fracaso de las uniones (incesto, violación y muerte son tópicos frecuentes) y la voluntad de mantener las exclusiones sociales/raciales. En el mundo andino, la presencia minoritaria de los negros y la mayoritaria de los indios constituyeron figuras de alteridad que no pasaron inadvertidos para sus novelistas. Desde políticas de representación deshumanizadora, hasta fantasías de exterminio, pasando por proyectos de mestizaje, asimétricos y jerárquicos; el amor burgués muy rara vez ofreció solución a estos dilemas. Por ello, la representación de la lectoescrituras y las clases de lectura también adquirieron un tinte particular en esta área cultural.

En este artículo analizaremos un conjunto de variables asociadas a la representación de la lectura patriótica: la lectoescritura como virtud moral, la

interpretación histórica del pasado (inca o colonial) y de las guerras de Independencia, y la lectura como anagnórisis personal.

Las virtudes morales de la lectoescritura

En la novela *Juan de la Rosa* se representan innumerables actos de lectura en los que el personaje principal tiene un papel preponderante. Por ejemplo, lee en voz alta fragmentos del *Quijote* ante su tío Fray Justo, se refugia en los libros de la biblioteca de su familia paterna y revisa documentos y proclamas políticas para comprender el sentido de la vertiginosa historia de Cochabamba, su ciudad. Por otro lado, el personaje niño accede a su identidad y al relato completo de la vida privada de su familia gracias a la lectura de los papeles de su tío Justo.

Como plantea Alba María Paz Soldán (2005: XIV), “la novela proyecta una tensión continua entre una cara intimidad o familiaridad, a la que construye con todo detalle, y la vida pública y todo lo que ella implica desde los orígenes de la nación hasta la frustración contemporánea del autor”. Sin embargo, desde la variable de los actos de lectura, los textos escritos asociados al espacio público y al saber convencional ofrecen satisfacción personal y pertenencia cultural al personaje principal; en contraposición, los papeles privados que cuentan su historia familiar transmiten un gran dolor y lo dotan de una identidad conflictiva. En consecuencia, estas dos formas de lecturas (públicas y privadas) cumplen funciones diferenciadas en la formación del personaje y su representación en la diégesis también varía significativamente.

Como es muy conocido, la figura del *letrado* presupone una alta capacidad en el mundo de las letras, como condición indispensable para la administración de la *res* pública. En esa misma dirección, respecto de los criollos que construyeron las repúblicas nacionales, Gustavo V. García (2010: 35) sostiene que en ellos predominaba “un fetichismo de la escritura: lo escrito garantizaba la verdad, ordenaba el presente y fundaba el futuro”. En la novela boliviana se narra cómo aprendió a leer el personaje principal: el maestro señala con el dedo índice las palabras y el alumno pronuncia las palabras bajo su tutela y vigilancia. Ese dedo alude metonímicamente a la mano que guía al aprendiz, pero también posee una dimensión fálica de poder y control, un ejercicio soterrado de violencia, que incluso llega a pronosticar su futuro.

Su descarnado dedo señalaba una tras otra las palabras que yo leía en alta voz, deteniéndose en aquellas que tardaba en descifrar o no pronunciaba correctamente. Satisfecho de la lección, algunas veces, repetía las palabras que oí a don Francisco de Viedma:

—Será un hombre de provecho. (Aguirre, 2005: 9)

Fray Justo le enseña a leer a Juanito y asume así un papel preponderante sobre su vida futura, pues le abre las posibilidades del desarrollo cultural: se convierte en su “padre” intelectual. Por otro lado, que se elija el *Quijote* como libro de aprendizaje de la lectura tiene gran relevancia pues se entrelazan tres dimensiones: a) el homenaje a una novela fundadora del género, que juega con el trastocamiento del orden de la realidad y de la imaginación; b) la identificación del personaje principal y la perspectiva del narrador con la trayectoria idealista del Quijote que mantiene unos valores y una cosmovisión que la sociedad ya no comparte; c) políticas lingüísticas de filiación hispánica que legitiman la lengua de los criollos.

Adicionalmente, este aprendizaje posee connotaciones políticas en la Cochabamba representada en la novela, pues Fray Justo, en su largo discurso sobre los males coloniales, recuerda que durante algún tiempo “era crimen de lesa majestad el enseñar a leer a los varones” (Aguirre, 2005: 33). La lectura aparece

como una actividad subversiva, una condición necesaria para el conocimiento, la conciencia política y la crítica al orden colonial. En síntesis, un saber peligroso.

Por su parte, en la novela ecuatoriana *Relación de un veterano de la independencia*, el personaje narrador, huérfano de padre, vive con un tutor religioso, Mariano Castillo, un clérigo liberal comprometido con las luchas patrióticas que asume la tarea de la enseñanza de la lectoescritura por medio de pedagogías tradicionales. En la novela, leer en voz alta sin error y escribir cabalmente son cualidades anheladas e imprescindibles para garantizar la trayectoria de un ciudadano patriota.

La educación colonial no estaba exenta de castigos corporales, pues implicaba un régimen disciplinario moral y físico:

No perdía ocasión de defender a los indios y de predicar sus derechos u de anatematizar los azotes, y a pesar de ello, los varapalos caían sobre mí como pan de cada día, mis orejas se estiraban horrorosamente por tracción de sus dedos, y los coscorriones y soplamocos elevaban chichones a maravillas y criaban cardenales que daban gusto, en la bóveda central y en los cachetes del triste huerfanito de Mideros. (Tobar, 1987: 71)

Lo significativo de esta cita es que marca un lugar no-indio para el personaje y desvela las contradicciones del discurso patriota que defiende a los indígenas de los maltratos físicos, pero sigue ejerciendo una terrible violencia contra los cuerpos criollos que deben ser modelados. Además, el cambio de la primera persona a la tercera en el final de la oración es interesante porque prueba como las alusiones a zonas corporales propias afectadas por la violencia física son representadas por medio del empleo del “yo”, pero la referencia a la totalidad del sujeto configurada por el epíteto es presentada a través de un desdoblamiento donde el propio narrador habla de sí en tercera persona.

Por otra parte, así como el héroe patriota requería de leer y escribir correctamente; los enemigos de la patria se caracterizan por estar disjuntos de este mundo cultural. Los iletrados no constituyen un grupo social definido ni por su etnicidad ni por su posición política, sino por su falta de alfabetización y articulación directa con las redes modernas de la cultura de lo impreso. Se trata de un amplio arco de posibilidades desde quienes no saben ni leer ni escribir (principalmente, negros e indios) hasta los criollos que sabiendo leer y escribir no entienden lo que leen o su escritura es imperfecta.

Por ejemplo, en la novela del ecuatoriano Tobar, la descalificación sociocultural del personaje José Segundo Rey, activista de la causa realista, radica no sólo en su aspecto físico vulgar, sino que incluye su falta de habilidad con las letras; es como si el poco trato con los libros y su lectura defectuosa generasen un déficit moral. “Esa misma noche le oí y le vi leer. Hacíalo con voz campanuda y hueca, prolongando el retumbado de las rrr, silbando las sss, suspendiendo la lectura cada tres líneas [...] sin penetrar bien en el sentido de la expresión” (Tobar, 1987: 42). Incluso, la escritura de su nombre en vez de adoptar una forma general, se reducía o aumentaba de acuerdo a sus intenciones o a la calidad social del destinatario; en algunos casos, llegaba incluso a suprimir su firma. Es decir, el personaje es configurado como incompetente porque no reconoce el carácter general y la simbolización abstracta implícitas en todo acto de escritura.

En *Juan de la Rosa*, cuando el personaje niño ya vive en la casa de la familia Márquez y Altamira, descubre un día la biblioteca. La narración de este episodio posee todos los tópicos de un motivo de la novela de aventuras: indicio, excitación, peligro y, finalmente, placer. El personaje narrador valora aquellos libros como si fuese un tesoro; el primero que abre y lee es una crónica de Antonio de Herrera. No deja de ser paradójico que la filiación cultural con el mundo hispánico del personaje principal se ratifique constantemente a través de

los libros leídos (Cervantes, Herrera, Calderón Moreto, etc.), mientras que en su accionar él se pliega a la lucha política en pro de la independencia de la misma España. Al abandonar la casa, el protagonista niño deberá dejar esos libros; sobre este episodio, Lee Skinner interpreta que la historia colonial nunca queda completamente incorporada dentro de la historia de Juan o dentro de la historia nacional boliviana (1999: 309).

Juanito reprocha a la cocinera que utilice los libros como fuente para aprovisionarse de papel para la cocina y aquí comete un equívoco significativo porque ella le informa que en esa lujosa casa a nadie le interesaban los libros. Posteriormente, los otros criados y miembros de la casa se enteran de la afición por la lectura de Juanito y la juzgan inútil. Este antagonismo respecto de la valoración de los libros sirve para reforzar el carácter iletrado de esta familia realista y la exclusión y la soledad del niño. Todo fortalece su refugio en los libros: “tenía ya al fin un consuelo en mi orfandad y en el ocio a que estaba condenado; y desde entonces visité con frecuencia el cuarto de los libros y fui llenando de ellos mi larga mesa” (Aguirre, 2005: 58). Nótese la función de los libros como sustitutos de los padres y como actividad material que condena el ocio, es decir, se resalta su carácter fecundante y productivo.

La interpretación histórica del pasado

En la novela peruana, hay una variación trágica de este motivo: la dimensión peligrosa de la lectura patriótica se configura plenamente, ya que el amor a la patria inflamado por los libros conduce a la muerte. Edgardo, joven provinciano, por medio de la transmisión de valores de su padre, profesa un cariño religioso-moral hacia su patria; esta aparece como una entidad abstracta e ideal que trasciende completamente los malos gobiernos de su época. A pesar de ello, él desconoce la historia de su país, pero

el adolescente se había hecho hombre, y su espíritu había sufrido una transformación completa [...] Viviendo en Lima con el contacto de nuevos hombres, de nuevas ideas y de inmensas esferas de actividad, el joven oficial había sentido la pasión de investigar, de saber y comprender [...] Edgardo se propuso conocer detenidamente la historia de su patria. (Cisneros, 1939: 289-290)

Lima se instaura como un centro dinamizador, el espacio que transforma al provinciano pues lo instala en una red de sociabilidad moderna, en la que la lectoescritura jugaba un papel capital. ¿Cuáles son las lecturas que realiza Edgardo para conocer la historia de su país? “En las sencillas narraciones de Garcilaso y en los cuadros coloridos de Robertson y Prescott, el joven oficial contempló abismado la noble y gloriosa civilización de los Incas [...] nacida de sí misma como la luz de la nada” (Cisneros, 1939: 290). Lo inca se imagina sin vínculos ni con las antiguas culturas tradicionales andinas ni con sus herederos que perturbaban el tiempo de la enunciación: esta supresión coloca lo incaico como un fenómeno excepcional autosuficiente fuera de los procesos históricos andinos de larga duración.

La conformación de la identidad individual se produce simultáneamente con la recreación de la identidad social; la narración histórica encuentra en los incas un momento originario y fundacional. Este pasado que se actualiza por la lectura no deja de poseer estructuras jerárquicas; calificar de “sencillas narraciones” la obra de Garcilaso revela cierto desdén hacia ella. Cabe anotar la paradoja de que Edgardo conoce y valora el pasado histórico inca por medio de las reconstrucciones de historiadores extranjeros. Aunque hay admiración, no hay identificación plena con lo inca; obsérvese la diferencia cuando se alude al periodo de la Conquista:

Admirando las proezas titánicas de los hombres que trajeron al Perú la bandera conquistadora, cuya raza forma hoy el elemento más activo, más ilustrado y más civilizador de nuestra nacionalidad, Edgardo lloró y comprendió el estupor de la raza primitiva al ver en un solo día destruido el imperio, degollado sus reyes, condenada su religión, derribados sus altares, perdidos sus dioses, y cuya conciencia [...] cayó, en medio de este cataclismo universal, desquiciada, aturdida y espantada como en el caos del vacío. (Cisneros, 1939: 290)

Párrafo ambiguo y contradictorio, el sujeto que lee se identifica con los españoles y le asigna a este grupo la primacía en la constitución sociocultural de la nación; no obstante, no deja de experimentar una compasión cabal por la derrota y aniquilación del mundo incaico. Aquí hay un claro puente entre la lectura patriótica y la sentimental: las lágrimas constituyen una respuesta emocional típica ante las desventuras de los indígenas.⁹ Por otra parte, implícitamente se está negando la posibilidad de que los sujetos andinos participen activamente en la conformación de la nueva nacionalidad (Velázquez Castro, 2004: 20).

En esta síntesis de la historia peruana, el texto continúa resaltando la revolución de la Independencia, calificada como epopeya, como fuente de amor sagrado en el alma del lector del Perú y de América (Cisneros, 1939: 291). En esta línea, la Independencia es el crisol del mestizaje y de la nacionalidad moderna, curiosa formulación del ideal republicano donde la cultura criolla y la andina aparecen como fuentes de valores y tradiciones que se amalgaman sin conflicto. Un aspecto que demuestra la utilización de marcos discursivos literarios para leer la historia es la calificación de “epopeya”, esta circunstancia se verá consolidada con la siguiente descripción del narrador

El joven oficial devoraba las páginas [...] no solo con la meditación con que se lee la historia sino con el fuego santo con que se lee un poema. Bolívar y San Martín eran para él dos gigantes incommensurables, dos guerreros homéricos, dos espíritus de los antiguos tiempos reaparecidos en los tiempos modernos para llenar una visión providencial en el Nuevo Mundo. (Cisneros, 1939: 291)

Ese fuego sagrado que se exige al lector de la poesía ha embargado el espíritu de Edgardo, quien empieza a leer la historia como si fuera literatura. Nótese la importancia asignada a la figura individual como motor de la historia y el carácter providencial que se asigna tanto a Bolívar como a San Martín: curiosa mezcla de individualismo romántico y cristianismo mesiánico. Este providencialismo marca los límites que impiden experimentar el tiempo secular y representarlo en la novela. A diferencia de las novelas bolivianas y ecuatorianas, no hay héroes locales en el espectro cultural del escritor; la independencia es tarea de generales extranjeros.

Ante este pasado reformulado, las miserias del presente se hacen más evidentes. El personaje advierte el círculo interminable entre malos gobiernos y revoluciones y, de este modo, lee la historia en códigos sentimentales; por ello, “su corazón sufrió de desesperación y de impotencia” (Cisneros, 1939: 291).

La reconstrucción de la historia nacional ha concluido creando en el personaje lector un estado de angustia y dolor, el aciago presente contrasta con los gloriosos orígenes y las diversas gestas extraordinarias. Se ha formalizado “la realización del sueño ilustrado, a través del ejercicio de la lectura y la escritura interpretativa” (Batticuore, 1998: 469). En el caso de Edgardo el sueño se

⁹ Sobre este punto, puede leerse el agudo análisis de Ana Peluffo (2005) sobre el poder de las lágrimas y de las retóricas del sentimentalismo en *Aves sin nido*.

transforma en pesadilla porque él no se convierte en un sujeto con la competencia y el saber necesarios para transformar su país, sino en un sujeto que se desubjetiviza de su presente chato y miserable y se inscribe en la subjetividad ajena de los héroes militares. Renuncia a su ordinaria historia personal para escribir la Historia; el retrato de Salaverry que se encontraba frente al lecho simboliza los elementos ajenos que se inscriben en el sujeto para intentar alcanzar la gloria personal y la regeneración de la patria. Las lecturas siguen jugando un papel relevante en la recreación del nuevo Edgardo; lee una historia de la Revolución Francesa que le enseña los principios rectores de la democracia liberal y lee poesía que exalta aún más su espíritu (Cisneros, 1939: 293).

Finalmente, “un soplo de ambición pasó por su ser, y su corazón se inflamó como una hoguera” (Cisneros, 1939: 299); esta voluntad de actuar combina el amor por la patria y el afán de mejora de la familia: “La Patria era su religión: Adriana era su ídolo” (299). Las supervivencias religiosas en el fraseo son elocuentes. Por todo ello, intentó destacar de modo excepcional en la batalla de La Palma, donde es herido de gravedad y muere pocas horas después. En su largo discurso en su lecho de muerte, espacio ideal para la reflexión moral y para la fijación de sentido de una vida, él mismo se presenta como alegoría de dos generaciones frustradas por las guerras civiles y las revoluciones políticas: acusación irrecusable contra los males del caudillismo.

Como Quijote, como Madame Bovary, el joven provinciano deslumbrado por sus lecturas ha querido convertirse en uno de los héroes de sus libros y sólo ha encontrado la muerte. Subjetividad protésica, porque la percepción de estar excluido de la Historia lo incita a integrar a su primigenia subjetividad retratos y memorias ajenos, deseos de otros, extrañas tareas heroicas. Por último, las excesivas lecturas operan como una gigantesca prótesis que termina devorando el cuerpo propio e imponiendo percepciones y sensaciones que lo conducirán a la muerte.

Como la novela peruana ejemplifica dramáticamente, en estas novelas andinas no sólo se producen lecturas individuales de los personajes, sino lecturas de los acontecimientos y procesos históricos. En el caso de *Juan de la Rosa y Relación de un veterano...*, no se trata sólo de narrar las guerras por la Independencia, sino de enmarcarlas en series y darles significados muy precisos: la construcción discursiva de un patriotismo local (amor por la república libre) en el mundo representado de las novelas y sus brechas, desplazamientos y contradicciones con la retórica de un nacionalismo estatal instalado ya en el tiempo real de la escritura y en la posición ideológica del narrador.

En *Juan de la Rosa y Relación de un veterano...* se asume la articulación conflictiva de los códigos de la novela histórica y la novela de formación en la narración de una comunidad heterogénea sociocultural y étnicamente, que aparece representada por una vida ejemplar, criolla, letrada y masculina que madura psicológica y moralmente. Volver a narrar el tiempo heroico de los orígenes políticos constituye una religación moral de la sociedad en momentos de cambios y crisis, pero también formaliza las temporalidades heterogéneas concurrentes y los borramientos de algunos sujetos sociales.

El año de publicación de *Juan de la Rosa* corresponde al inicio del periodo de estabilización del orden político boliviano denominado “era de la oligarquía conservadora” (1884-1899). Bajo un presidente civil, Gregorio Pacheco, producto de la alianza entre mineros y hacendados, se produjo el despegue de la producción y comercialización internacional de la plata que permitió un crecimiento económico; en paralelo, la década de 1880 significó la reactivación de la vida intelectual y la implementación de modelos de educación modernos en las escuelas bolivianas. En ese marco sociopolítico, esta novela se articulaba cabalmente, pues satisfacía una legítima demanda de orígenes simbólicos prestigiosos en clave de

una vida criolla que trazaba continuidad con los nuevos tiempos y permitía vivir la fantasía de borrar a los indígenas de la historia nacional.

Por su parte, la novela de Tobar se publica en el periodo político de los denominados “gobiernos progresistas”, alianza política formada por el centrismo conservador y los liberales católicos, quienes consolidaron el modelo económico agroexportador, la ocupación administrativo-económica del Oriente amazónico y graduales procesos de modernización en las ciudades mediante la construcción de obras públicas. En este contexto, la novela ecuatoriana ofrecía a este periodo de relativa estabilidad una religión simbólica con el pasado que contribuía con el desarrollo de un nacionalismo estatal fundado en la acción decisiva una clase política criolla y la supresión de los actores indígenas o afrodescendientes en este proceso.

En estas novelas, los tiempos heterogéneos simultáneos se expresan, por ejemplo, en el inmenso peso del lenguaje religioso tradicional para leer los acontecimientos nodales de la modernidad política en Hispanoamérica (1808-1810). La explicación de un joven clérigo en la novela boliviana es elocuente: “El excomulgado Napoleón y los franceses herejes, impíos lo han despojado de su trono, lo tienen preso, lo martirizan, lastiman cruelmente su corazón paternal queriendo hacernos esclavos del demonio” (Aguirre, 2005: 19). El vínculo político pactista entre el soberano y cada uno de los pueblos americanos, el carácter cristiano de la Monarquía y el corazón paternal del rey constituyen elementos centrales del lenguaje político del Antiguo régimen. Este mismo personaje ofrecía sermones en quechua destinados a sostener la monarquía y el legítimo poder regio, a pesar del cautiverio.

En el capítulo IV el maestro brinda al niño un largo discurso sobre el sentido histórico de la rebelión de Cochabamba, explica las causas que motivaron la desesperación de los hombres americanos frente al poder colonial, razona retóricamente sobre el por qué de las guerras de independencia. La oposición se configura como irreductible: “[...] que nos harán preferir nuestra completa extinción por el hierro a seguir viviendo bajo el régimen colonial” (Aguirre, 2005: 32). Sin embargo, en este alegato los actores privilegiados son los criollos americanos. Por ello, establece una genealogía de las rebeliones anticoloniales y excluye o quita relevancia a las rebeliones de los indios. En una evidente muestra de borramiento simbólico, se afirma: “—No cansaré tu atención con la más breve noticia de las sangrientas convulsiones en que la raza indígena ha querido locamente recobrar su independencia, proclamando, para perderse sin remedio, la guerra de las razas” (Aguirre, 2005: 34). La expresión “guerra de las razas” contiene ecos del tiempo de la escritura y de los fundamentos del racismo, pero sobre todo descalifica cualquier iniciativa indígena de construir una patria con su propio bagaje cultural. En contraposición, una pequeña rebelión criolla letrada (dirigida por el tatarabuelo del héroe, el mestizo Alejandro Calatayud) se instaura como un suceso heroico que se constituye en la matriz de todas las futuras rebeliones criollo-mestizas y que además articula la genealogía privada del personaje principal con la historia.

A pesar de que se narran enfrentamientos militares en los que la población indígena y las mujeres del pueblo fueron actores mayoritarios, se observa la voluntad de asignar a los indígenas un papel de auxiliares menores en la lucha por la independencia y de suprimir el fantasma de las rebeliones indias de Túpac Amaru, Túpac Catari y Pumacahua. En paralelo, se representan biotecnologías para dominar y deshumanizar a los cuerpos que no pueden ser aceptados en el nuevo orden nacional, principalmente el de los afroamericanos.

En la novela ecuatoriana, la supresión simbólica de los otros actores de la Independencia es más explícita y brutal. El narrador declara como verdad histórica incuestionable que la “guerra de independencia fue guerra de españoles contra

españoles” (Tobar, 1987: 142) y, por ello, que “los indios propiamente tales, los negros y muchos mestizos se eran *res nullius*, esto es propiedad del primer ocupante, dado que la recluta los convertía, ora en soldados del Monarca, ora en soldados de la Patria” (Tobar, 1987: 142). Esta afirmación enfática que corresponde a una lectura interpretativa posterior del proceso de Independencia acarrea la afirmación de la identidad sociocultural entre los criollos y los españoles realistas. Adicionalmente, el empleo de un concepto jurídico en latín que alude a “cosa de nadie”, ratifica dos concepciones: a) la de las poblaciones subalternas, como “cosas”, entes sin libertad ni voluntad; b) la necesidad de ejercer dominio (“propiedad”) sobre estas poblaciones. A pesar de ser la gran mayoría en las tropas criollas independentistas y en las realistas, ni los indios ni los negros actúan como sujetos y agentes; son cuerpos vacíos que pueden ser empleados por cualquiera de los dos grupos políticos en pugna.

En esa misma línea general de ambivalencias y borramientos de las novelas bolivianas y ecuatorianas, se inscribe una novela peruana que se ocupa secundariamente de la Batalla de Junín. La violenta descripción de esta batalla en *El Padre Horán* (1848) enfatiza la muerte como signo central y transmite eficientemente por medio de frecuentes puntos suspensivos la sensación de vértigo e inconsciencia que articulan la actuación de los soldados en la confrontación. No hay una visión política conjunta, sino una mirada individual vacilante y confusa, tampoco se representa a los dos ejércitos diferenciados, sino a un colectivo sociocultural que se desangra y se asesina. Sin embargo, a diferencia de los casos ecuatorianos y bolivianos referidos, ni la dinámica del enaltecimiento de héroes criollos locales ni la construcción del enemigo como fuerza antagónica funcionan en el texto peruano.

La lectura como anagnórisis

La lectura posibilita la revelación personal o la anagnórisis a través de los caminos de la palabra escrita e impresa. Como ha resaltado Skinner, la novela boliviana incide en que la historia personal de Juanito es historia política y, por lo tanto, el legado textual de Fray Justo posee fuentes diversas.¹⁰ La novela presenta ese proceso de autoconocimiento por medio del acto de la lectura de la siguiente manera:

Un cuaderno quemado por una de sus esquinas, cubierto de borrones, de huellas redondas de lágrimas indudablemente, llamó sobre todo mi atención en aquellos momentos; y fue este el que yo devoré con mis ojos, hasta la última palabra, inundándose mi alma de amargura, rugiendo algunas veces de dolor, como si me aplicaran ascuas encendidas al corazón. (Aguirre, 2005: 256)

En ella, el personaje principal está leyendo la historia de su familia en un cuaderno de Fray Justo que contiene textos de diversa índole, pero todos de carácter autobiográfico. Esta lectura revela la conexión íntima entre el personaje de la escritura (Fray Justo) y el joven lector (Juan de la Rosa). La exaltación de la subjetividad propia del Romanticismo se vive en una identificación emocional y afectiva entre el lector y el personaje referido en la escritura. Esta escena proyecta físicamente en el soporte material (el cuaderno) las huellas de las lágrimas del autor y el fuego que dañó al texto. Lágrimas y fuego aparecen como figuras de dos campos semánticos complementarios que se asocian con los efectos de la lectura en Juan (“inundándose”, “ascuas”). La lectura afecta al lector de la misma

¹⁰ Como afirma Skinner, “in this archive personal and political history are explicitly connected yet again” (1999: 304).

manera como la escritura afectó al autor, esta comunión en el dolor compartido acentúa más la identificación/filiación entre ambos, que no sólo son tío/sobrino, sino, fundamentalmente, personaje/lector. “Devoré con mis ojos” es una figura que revela la intensidad del acto de lectura en solitario y en silencio, típico de la modernidad, que, no obstante, puede provocar reacciones primordiales, sonidos no-verbales y propios de no-humanos (rugidos) en el lector. La fuerza afectiva de lo leído es tal que desestabiliza al sujeto y su capacidad de simbolizar racionalmente la experiencia.

Se puede argumentar que Fray Justo le deja esos papeles al personaje para que este pueda descubrir cabalmente su origen; es decir, para que experimente mediante la lectura un proceso de anagnórisis, de reconocimiento de sí mismo. Desde otra perspectiva, se puede sostener que la vida del tutor fue descoyuntada, fragmentada y que sus papeles dejan constancia de esa situación, pero que la lectura de Juan restablece la unidad de su querido tío; reconstruye o recrea al sujeto que cumple la función del padre en la ficción novelesca.

Este otro fragmento posterior de la novela nos permite completar la interpretación del papel de la lectura en la anagnórisis del personaje.

Esta “historia de una familia criolla en los buenos tiempos del rey nuestro señor” se hallaba escrita sin orden, unas veces en forma de diario, otras en fragmentos sueltos, sin ilación, en el cuaderno de donde la he compendiado. Hay páginas que una pluma ejercitada y más diestra que la mía explotaría con ventaja para hacer una novela. Yo me contento con lo dicho, que basta y sobra para la inteligencia del sencillo relato de mi prosaica vida. (Aguirre, 2005: 265)

En esta cita se hace referencia a un tiempo posterior al acto narrado; Juan edita los textos que componen el cuaderno, compendiándolos y ordenándolos en una secuencia diacrónica. Obviamente ya no es el Juan niño personaje, sino el sujeto de la enunciación. El sentido de la trayectoria vital del cura ilustrado se restablece mediante un acto de lectura, acto que se transforma en otra escritura muchos años después, la que deja constancia de su carácter secundario y de su falta de potencia literaria (carece de destreza y de experiencia) para crear una novela. En el presente de la escritura de la novela, o en el tiempo de la enunciación (el anciano que escribe sus memorias), se quiere advertir a sus lectores que su vida sólo ha sido un “prosaico relato”, no una novela; su trayectoria vital ha sido sencilla a diferencia de la de su tío, basta algunos elementos para la comprensión (“inteligencia”) plena de su propio relato de vida. En consecuencia, hay otros fragmentos narrativos del cuaderno que quedan fuera de la estructura textual de la novela pero operan sobre ella: un suplemento de sentidos que las memorias de Juan de la Rosa no pueden o no quieren simbolizar.

Que dentro de esta ficción novelesca se represente una forma de lectura que combina el fuego de la patriótica y las lágrimas de la sentimental ratifica las sutiles conexiones entre ambas formas de lectura. El niño descubre simultáneamente sus filiaciones familiares y su lugar en las prolongadas luchas de los criollos contra el orden colonial. Inclusive, en todo este proceso de anagnórisis se observan juicios de valor sobre el material editado de las vidas familiares que son opuestos a la intención pragmático-pedagógica de la novela para con sus lectores reales; por esto, que se afirme en ella la naturaleza no-novelesca de lo narrado y la “vida prosaica” como objeto de la narración constituyen dimensiones paradójicas propias de la compleja legitimación de la escritura novelesca del siglo XIX.

Aunque no forma parte del corpus principal del artículo, queremos mencionar otra forma de autoconocimiento que se despliega en la novela *El mulato Plácido* (1875) del boliviano Joaquín Lemoine. En esta novela, se observa

una convergencia de la adquisición de la lectoescritura y la gradual conciencia social que lleva al protagonista a involucrarse en las conspiraciones abolicionistas en la isla de Cuba. El personaje principal, Gabriel, fue abandonado por sus padres y criado por su abuela paterna, una anciana negra ciega. A la muerte de ésta, él es educado por el cura de la parroquia a cambio de prestarle servicios personales como sirviente: “Me enseñó a leer y a escribir: me hizo estudiar el catecismo, la aritmética, la gramática y la geografía” (Lemoine, 1875: 86). El religioso se maravilla de la capacidad de aprendizaje y del amor a los libros del mulato; sin embargo, intenta controlar esa sed de conocimiento y reorientarla hacia prácticas religiosas; por ello, sólo le presta libros a horas determinadas, “con excepción de mi catecismo y de un libro de oraciones. Pero esa restricción era imposible, porque mi inteligencia tenía sed de ideas. Veíame rodeado de oscuridad y anhelaba la luz” (Lemoine, 1875: 86-87). Las lecturas han desatado una descontrolada voracidad por los conocimientos, este ingreso a la cultura de lo escrito cambia radicalmente la vida del protagonista.

Una de las formas de participación de Gabriel en la sublevación social de esclavos en la región cubana de Trinidad en 1844 es a través de una red de cartas y proclamas que su competencia le permiten escribir. Él, bajo su seudónimo literario (Plácido), se pone a la cabeza de la rebelión que tiene como bandera la igualdad ante la ley e instrucción para la raza oscura. Este evento, recreado en la novela, es interpretado en las cartas del propio Gabriel como luchas revolucionarias por la patria. El carácter rebelde de una sublevación de esclavos se disuelve en una retórica patriota que goza de mayor consenso. Que un mulato sea el protagonista histórico de esta revuelta esclavista desafía los significados hegemónicos, pero también confirma el carácter de líderes y mediadores culturales que se atribuyen los descendientes de los españoles (en este caso, mulatos) sobre las poblaciones negras e indias.

Reflexión final

En el mundo representado, la lectura femenina de las cartas amorosas y las novelas transforma la política sentimental, mientras la lectura masculina de libros históricos transforma los sentimientos políticos; sin embargo, en ambas operaciones subyace la confianza en el poder de la escritura como biotecnología y el carácter moldeable de todos los lectores, dentro y fuera de la textualidad novelística.

En la formación sociocultural de los protagonistas masculinos de las novelas, la lectoescritura patriótica constituye una biotecnología crucial. Convertirse en un virtuoso criollo presupone un dominio pleno sobre la cultura de lo escrito, la dicción oral y toda forma de palabra codificada. Desde la adquisición de esa competencia, el accionar material y simbólico del criollo patriota en la Historia queda legitimado. Así, simultáneamente, puede consolidar mediante lecturas históricas su dominio —suprimiendo simbólicamente a los grupos sociales mayoritarios, indios y negros—, o puede validar su mediación cultural sobre las poblaciones indígenas y afroamericanas. Por último, el fuego de la lectoescritura criolla ilumina la identidad individual y sus genealogías soterradas, e inscribe al criollo patriota en las historias políticas de su tiempo. Esta confluencia del control del imaginario y los intereses de las lógicas estatales constituye un fuego peligroso, que puede conducir a la muerte del héroe.

A diferencia del Perú, en Ecuador y Bolivia se escribieron dos novelas históricas en códigos de *bildungsroman*, que narran la formación de un héroe masculino, testigo y actor en las guerras de Independencia. En ellas se acentúa el carácter patriótico de ciudades andinas, Quito y Cochabamba, y su participación en las primeras Juntas americanas. Tanto el protagonista criollo en la novela de

Relación de un veterano... de Tobar como el mestizo en *Juan de la Rosa* de Aguirre quieren diferenciarse radicalmente de indios y negros, y buscan desvalorizar la actuación de esos grupos sociales en dichas guerras. De este modo, la hegemonía política del tiempo de la escritura de estas ficciones se legitimaba con narraciones sesgadas del pasado fundacional.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE, Nataniel (2005), *Juan de la Rosa. Memorias del último soldado de la Independencia*. Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- BAJTÍN, Mijail (1989), *Teoría y estética de la novela*. Madrid, Editorial Taurus.
- BATTICUORE, Graciela (1998), "Las lectoras y las novelas", *Boletín IRA*, n.º 25, pp. 469-474.
- CISNEROS, Luis Benjamín (1939), *Obras Completas. Prosa Literaria*, tomo II. Lima, Librería e Imprenta Gil S.A.
- GARCÍA, Gustavo V. (2010), "Introducción", *Juan de la Rosa. Memorias del último soldado de la Independencia*. La Paz, Plural Editores, pp. 11-60.
- GOLDGEL, Víctor (2016), *Cuando lo nuevo conquistó América. Prensa, moda y literatura en el siglo XIX*. La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas.
- LEMOINE, Joaquín (1875), *El mulato Plácido o el poeta mártir*. Santiago de Chile, Imprenta de la librería del Mercurio.
- PAZ SOLDÁN, Alba María (2005), "Prólogo", *Juan de la Rosa. Memorias del último soldado de la Independencia*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, pp. ix-xxx.
- ROJAS, Ángel Felicísimo (2010), *La novela ecuatoriana*. Quito, Universidad Alfredo Pérez Guerrero.
- SKINNER, Lee (1999), "Closing history's door: Nationality, Identity, and the Wars of Independence in Nineteenth-Century Latin American Historical Novels", *Revista Hispánica Moderna*, vol. 52, n.º 2, pp. 300-310.
- SOMMER, Doris (1991), *Foundational Fictions. The National Romances of Latin America*. Berkeley-Los Angeles-Oxford, University of California Press.
- TOBAR, Carlos Rodolfo (1987), *Relación de un veterano de la independencia*. Quito, Círculo de Lectores.
- UNZUETA, Fernando (2005), "Escenas de lectura: Naciones imaginadas y el romance de la historia en Hispanoamérica". *Araucaria*, n.º13, pp. 124-165.
- VELÁZQUEZ CASTRO, Marcel (2004), "Género, novelas de folletín e imágenes de la lectura de la Ilustración y el Romanticismo peruanos". *Mora*, n.º 11, pp. 7-23.